

OSCAR WILDE

**El fantasma de Canterville**  
y otros relatos

Invitación a la lectura de  
Alejandro Palomas

Actividades de  
M. Carmen Loureiro López

Traducción del inglés de  
Ricardo Baeza y Fernando Humanes

 Siruela

Colección Escolar 37 (Literatura)

## Índice

<b>Invitación a la lectura</b>	9
Alejandro Palomas	

### **EL FANTASMA DE CANTERVILLE y otros relatos**

<b>El fantasma de Canterville</b>	21
<b>El crimen de lord Arthur Savile</b>	59
<b>El Príncipe Feliz</b>	103
<b>El ruiseñor y la rosa</b>	115
<b>El gigante egoísta</b>	123
<b>Actividades tras la lectura</b>	129
M. Carmen Loureiro López	
<b>Por si quieres seguir leyendo</b>	161

## El fantasma de Canterville (Cuento Hilo-idealista)

### I

Cuando el ministro de los Estados Unidos, el señor Hiram B. Otis, compró el castillo de Canterville, todo el mundo le dijo que hacía una locura, pues era evidente que aquel lugar estaba embrujado. Claro, que el mismo lord Canterville, hombre de lo más puntilloso en cuestiones de honor, juzgó que era su deber advertir al señor Otis sobre esta particularidad cuando entraron en tratos.

—Nosotros mismos no hemos vuelto a vivir allí —expuso lord Canterville— desde que mi anciana tía, la duquesa viuda de Bolton, contrajo una grave enfermedad, de la que no logró recobrase nunca, a causa del terror que le produjo sentir sobre sus hombros dos manos esqueléticas cuando estaba vistiéndose para la cena. Además, me creo obligado a decirle, señor Otis, que el fantasma ha sido visto por varias personas de la familia, aún vivas, y también por el párroco de la localidad, el reverendo Augustus Dampier *fellow* del King's College de Cambridge. Después del lamentable incidente ocurrido a la duquesa, ninguno de los criados quiso continuar a nuestro servicio, y lady Canterville lograba raramente conciliar el sueño, debido a una serie de ruidos misteriosos que se producían del lado de la galería y la biblioteca.

—Milord —respondió el ministro—, me quedo con el mobiliario y con el fantasma por lo que valgan. Procedo de un país moderno, donde tenemos todo lo que se puede adquirir con dinero y dada la diligencia de nuestros bravos

compatriotas en juerguearse por todo el Viejo Mundo y en robarles a ustedes sus mejores cantantes y actrices, sospecho que si hubiera habido algún fantasma en Europa, ya lo tendríamos en América, en un museo o en una barraca de feria.

—Temo que el fantasma exista —dijo sonriendo lord Canterville—, aunque haya podido resistir hasta ahora a las ofertas de los audaces empresarios americanos. Ha dado pruebas sobradas de su existencia desde hace tres siglos, desde 1584 exactamente; y cada vez que alguna persona de la familia va a morir, no deja de hacer su aparición.

—¡Oh!, si vamos a eso, lo mismo hace el médico de la familia, lord Canterville. Pero los fantasmas, amigo mío, no existen; y supongo que la naturaleza no habrá hecho una excepción en favor de la aristocracia británica.

—Se ve que ustedes los americanos son muy aficionados a la naturaleza —contestó lord Canterville, no alcanzando a comprender exactamente la última observación de Mr. Otis—, pero, tanto mejor, si no le importa a usted tener un fantasma en casa. Yo, por mi parte, se lo he advertido, espero que no lo olvidará usted.

Pocas semanas después, se legalizó la venta, y al finalizar la *season*, el ministro y su familia se trasladaron al castillo de Canterville. La señora Otis, que de soltera como miss Lucretia R. Tappan (de 53 West Street) había sido una de las bellezas más celebradas de Nueva York, era a la sazón una hermosa señora, de edad madura, con unos ojos magníficos y un perfil soberbio. Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan una enfermedad crónica, bajo la impresión de que esto significa en Europa un gran refinamiento; pero la señora Otis nunca había caído en este error. Poseía una espléndida constitución y una vitalidad realmente extraordinaria; como que, en muchos sentidos, era toda inglesa y un ejemplo vivo de que, en realidad, hoy

día nada nos separa de los Estados Unidos; como no sea el idioma, naturalmente. Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un acceso de patriotismo que el interesado lamentara toda su vida, era un muchacho rubio y bien parecido que, dirigiendo el cotillón en el casino de Newport, durante tres años consecutivos, había hecho méritos bastantes para ingresar en la diplomacia norteamericana; sin contar que, aun en el mismo Londres, era conocido como un excelente bailarín. Las gardenias y la nobleza eran su única debilidad; por lo demás, extremadamente razonable.

La señorita Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un corzo y con una dulce expresión de candor al par que de franqueza en sus amplios ojos azules. Era, además, una amazona sorprendente, y, en una ocasión, había corrido sobre su caballo compitiendo con el viejo lord Bilton y después de dar dos veces la vuelta al parque, le había ganado, llegando ante la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja, lo que provocó tan gran entusiasmo en el joven duque de Cheshire que se declaró a ella acto seguido; razón por la cual sus tutores le enviaron a Eton aquella misma noche, hecho un mar de lágrimas. Tras de Virginia, venían los gemelos, a quienes habitualmente se les llamaba «las Estrellas y las Barras»\*, porque estaban siempre dando motivos para que les pegaran. Eran dos chicos encantadores y, exceptuando al digno ministro, los únicos republicanos sinceros de la familia.

Como el castillo de Canterville está a siete millas de Ascot, la estación de ferrocarril más próxima, el señor Otis había teleografiado que enviaran una carretela, en la que montaron todos rebosantes de alegría. Era un atardecer de

\* Nombre familiar que se da en Estados Unidos a la bandera nacional.

julio delicioso y el aire estaba saturado del aroma de los pinos. De vez en cuando, se oía el dulce arrullo de las palomas torcaces y entre los helechos susurrantes se entreveía el bruñido peto de un faisán. Ardillas diminutas les espían desde las hayas y los conejos huían precipitadamente por entre la maleza y por encima de las lomas musgosas, con el rabillo erguido. Pero, cuando entraron en la avenida del castillo de Canterville, el cielo se cubrió inesperadamente; una extraña quietud pareció invadir la atmósfera; una gran bandada de cornejas cruzó silenciosamente por sus cabezas y, antes de llegar al castillo, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

De pie, en la escalinata, les aguardaba una anciana, pulcramente ataviada, con un vestido de seda negra y una cofia y un delantal blancos. Era la señora Umney, el ama de llaves, que había sido respetada en su puesto por la señora Otis, en atención a las reiteradas instancias de lady Canterville. La señora Umney, a medida que iban echando pie a tierra, les saludaba con una profunda reverencia y dijo de la manera más delicada, a la antigua usanza: «Bienvenidos sean los señores al castillo de Canterville». Atravesaron tras ella el magnífico vestíbulo Tudor y entraron en la biblioteca, una habitación grande, baja de techo y revestida de roble oscuro, con una amplia vidriera al fondo. El té estaba servido y una vez que se hubieron despojado de los abrigos de viaje, se sentaron y comenzaron a mirar en torno, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la señora Otis percibió sobre el suelo, junto a la chimenea, una mancha de un rojo oscuro, y sin darse cuenta de lo que realmente significaba, preguntó a la señora Umney:

— Parece como si se hubiera vertido algo ahí.

— Sí, señora —replicó la anciana, en voz baja—, se derramó sangre...

—¡Qué horror! —exclamó la señora Otis—. No está bien que haya manchas de sangre en un salón. Es preciso limpiarla inmediatamente.

La anciana sonrió y en el mismo tono quedo y misterioso añadió:

—Es la sangre de lady Eleanore de Canterville, que fue asesinada por su propio marido en ese mismo sitio, el año 1575. Sir Simon la sobrevivió nueve años y desapareció repentinamente del modo más misterioso. No se logró encontrar su cuerpo, pero su ánima en pena continúa rondando el castillo. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y demás visitantes, pero es imposible hacerla desaparecer.

—Qué tontería —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas Champion, de Pinkerton, y el detergente Paragon la hará desaparecer en el momento.

Y antes de que la aterrorizada anciana hubiera podido intervenir, hincóse de rodillas y comenzó a restregar el piso con una barrita que parecía de cosmético negro. Al cabo de unos instantes, no quedaba el menor rastro de la mancha de sangre.

—Ya sabía yo que Pinkerton era infalible —exclamó Washington en tono de triunfo, mirando en torno suyo a la familia, llena de admiración. Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó el oscuro aposento y un trueno pavoroso les hizo ponerse a todos en pie estremecidos, en tanto que la señora Umney se desmayaba.

—¡Qué clima tan horrible! —dijo el ministro americano, encendiendo tranquilamente un enorme puro—. Supongo que estos viejos países están poblados tan excesivamente que no hay el buen tiempo necesario para todos. Siempre he pensado que emigrar es el único recurso para Inglaterra.

—Querido Hiram —exclamó la señora Otis—, ¿qué vamos a hacer con una mujer que se desmaya?

—Se lo descontaremos de su salario —contestó el ministro—. Te aseguro que no volverá a desmayarse.

Y, en efecto, pocos momentos después, la señora Umney volvió en sí. Pero no había duda de que estaba extraordinariamente emocionada y con voz severa advirtió al señor Otis que se preparase a presenciar calamidades en el castillo.

—He visto, señor —prosiguió—, cosas con mis propios ojos que pondrían los pelos de punta al más cristiano y, durante noches y noches, no he podido dormir a causa de las cosas horribles que aquí suceden.

Pero el señor Otis y su esposa aseguraron a la buena mujer que no tenían miedo a los fantasmas y después de invocar las bendiciones de la Providencia para sus nuevos señores y preparar las cosas para una próxima petición de aumento de sueldo, la anciana ama de llaves se dirigió con pasos vacilantes hacia su cuarto.

## II

Toda la noche rugió furiosamente la tormenta; pero nada de particular ocurrió. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando bajaron a desayunar, se encontraron de nuevo con la terrible mancha de sangre sobre el suelo.

—No creo que sea culpa del limpiador Pinkerton —dijo Washington—, porque nunca ha fallado. Debe ser el fantasma.

Frotó la mancha por segunda vez, pero sin mejor éxito, porque a la mañana siguiente la mancha reapareció. Y allí estaba la tercera mañana, a pesar de que el señor Otis en persona cerró la biblioteca la noche anterior, llevándose la llave a su cuarto. Ello fue causa de que la familia al



completo se interesase en extremo. El señor Otis comenzó a sospechar que había sido demasiado dogmático al negar la existencia de los fantasmas; la señora Otis manifestó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica, y Washington preparó una extensa carta a los señores Myers y Podmore sobre la persistencia de las manchas sanguinolentas relacionadas con un crimen. Aquella noche se desvanecieron definitivamente todas las dudas que hubieran podido quedar respecto a la existencia objetiva de los fantasmas.

Había sido una jornada calurosa y soleada y, aprovechando el frescor del atardecer, toda la familia salió a dar un paseo en coche. No volvieron a casa hasta las nueve y cenaron ligeramente. La conversación no giró en modo alguno alrededor de los fantasmas; no había, por tanto, ni siquiera esas condiciones primarias de expectación y receptividad que tan a menudo preceden a las manifestaciones de fenómenos psíquicos. Los temas de discusión, según me informó después el señor Otis, habían sido los de costumbre, tratándose de americanos cultos de la clase alta, tales como la inmensa superioridad como actriz de la señorita Fanny Davenport sobre Sara Bernhardt; la dificultad de obtener maíz tierno, pan de alforfón y harina de maíz, aun en las casas inglesas más distinguidas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal; las ventajas del sistema de facturación de equipajes en los viajes por ferrocarril y la dulzura del acento neoyorquino, comparada con la tartajosa pronunciación londinense. Ni la más ligera alusión a las cosas sobrenaturales, ni mención alguna de sir Simon de Canterville. A las once, toda la familia se retiró a sus habitaciones y a las once y media estaban apagadas todas las luces. Poco después, el señor Otis se despertó por un extraño ruido que se produjo en el pasillo. Era como un rechinar de metales y parecía aproximarse gradualmente; a continuación se levantó, encendió una cerilla y consultó el reloj.

Era la una en punto. Se sentía absolutamente tranquilo y, tomándose el pulso, pudo comprobar que no tenía nada de fiebre. Sin embargo, el ruido proseguía y, al mismo tiempo, oyó distintamente un resonar de pasos. Calzándose las zapatillas, cogió una redomita oblonga de su estuche de aseo y abrió la puerta. Justo frente a él, al claror de la luna, vio a un anciano de aspecto pavoroso. Sus ojos eran rojos como ascuas; largos cabellos en desgredados rizos grises caían sobre sus hombros; sus vestiduras eran de corte antiguo y estaban polvorientas y andrajosas y de sus muñecas y tobillos colgaban cadenas y grilletes herrumbrosos.

—Querido Señor —dijo el señor Otis—, me voy a permitir recomendarle que engrase esas cadenas, para lo cual le ruego que acepte esta botellita del lubricante Tammany Rising Sun. Aseguran que es eficazísimo y que basta una sola aplicación. En la etiqueta constan varios testimonios de nuestros más prestigiosos teólogos. Se lo dejaré aquí, al lado de las palmatorias, y si necesita usted más, tendré mucho gusto en procurárselo.

Apenas pronunciadas estas palabras, el ministro de los Estados Unidos colocó el frasco sobre un velador de mármol y, después de cerrar la puerta, se retiró a descansar.

Por un momento, el fantasma de Canterville permaneció inmóvil, presa de una fuerte indignación; mas, al poco, arrojando violentamente la botellita contra el suelo, huyó por el pasillo, lanzando profundos gemidos y despidiendo una siniestra luz verdosa. Pero al llegar al rellano de la escalera principal, se abrió de repente una puerta, aparecieron dos figuras blancas ¡y una almohada salió proyectada hacia su cabeza! Evidentemente, no había tiempo que perder; adoptando, pues, con toda premura, la cuarta dimensión del espacio como medio defensivo, se desvaneció a través del muro y la casa quedó de nuevo en silencio.

Al llegar a una reducida cámara secreta, situada en el ala

izquierda del castillo, se apoyó sobre un rayo de luna para recobrar aliento y comenzó a meditar sobre su situación. Jamás, en su brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años, había sido insultado tan groseramente. Pensó en la duquesa viuda, a quien había aterrorizado hasta el punto de hacerla desmayarse, cuando se contemplaba ante el espejo cubierta de encajes y diamantes; en las cuatro doncellas que habían sufrido un ataque de nervios, simplemente por haberles hecho unos cuantos visajes a través de las cortinas de uno de los dormitorios para invitados; en el párroco de la localidad, a quien había apagado de un soplo la bujía con que se alumbraba, una noche que volvía de la biblioteca y que desde entonces quedara al cuidado de sir William Gull, mártir de un desequilibrio nervioso; y en aquella anciana Madame de Tremouillac, que, al despertar una mañana temprano, se encontró en su cuarto con un esqueleto sentado en un sillón, junto al fuego, leyendo su diario, lo que la tuvo recluida en el lecho durante seis semanas con un acceso de fiebre cerebral y la hizo, una vez restablecida, reconciliarse con la Iglesia y abandonar todo comercio con el famoso escéptico *monsieur* de Voltaire. Recordó la noche terrible en que se encontró medio ahogado en su habitación al malvado lord Canterville, con el Knave de diamantes\* en la mitad de la garganta, confesando, poco antes de morir, que había estafado unas cincuenta mil libras a Charles James Fox, por medio de aquella misma carta y jurando que era el fantasma quien se la había hecho tragar.

Todas sus memorables hazañas se le venían a la imaginación; desde la del mayordomo que se pegó un tiro en la despensa por haber visto una mano verde golpear sobre el cristal de la ventana, hasta la de la bella lady Stutfield, a quien condenó a llevar continuamente una cinta de tercio-

\* Equivalente a la sota en la baraja inglesa.

pelo negro alrededor del cuello, para ocultar la huella de cinco dedos marcados como a fuego sobre su nívea piel y que acabó por suicidarse en el vivero de carpas situado al final de la avenida real. Con todo el egotismo entusiasta del verdadero artista, pasó revista a los hechos más notables de su vida y sonrió amargamente para sí mismo al recordar su última aparición en el papel de Rubén el Rojo o el niño estrangulado, su debut como Gibeon el Flaco o el Vampiro del Páramo de Bexley y el éxito que había tenido un delicioso atardecer de junio, jugando simplemente a los bolos con sus propios huesos en el campo de tenis. ¡Y que, después de todo esto, viniesen unos infames americanos modernos, a ofrecerle el lubricante Rising Sun y a tirarle almohadas a la cabeza! La cosa era absolutamente intolerable. Sin contar que no se registraba en la historia un solo caso de fantasmas que hubiese sido tratado tan descortésmente. Decidió, por tanto, vengarse; y allí se estuvo, hasta que apuntó el día, en actitud de profunda meditación.

### III

A la mañana siguiente, cuando la familia Otis bajó a desayunar, se discutió a propósito del fantasma. El ministro de los Estados Unidos estaba lógicamente un tanto molesto, al ver que el fantasma no se había dignado a aceptar su presente.

—No me guía —declaró— el menor deseo de molestar personalmente al fantasma y debo comunicaros que, considerando el largo tiempo que ha vivido en esta casa, me parece poco correcto que se le arrojen almohadas al pasar. (Observación muy justa que, lamento decirlo, hizo estallar en carcajadas a los gemelos).

—Por otra parte —prosiguió—, si continúa negándose a

utilizar el lubricante Rising Sun, nos veremos en el duro trance de tener que privarle de sus cadenas. Porque, con un ruido semejante, sería imposible dormir.

Sin embargo, en toda la semana, no volvieron a ser turbados.

Lo único que les intrigaba era la renovación continua de la mancha de sangre en el piso de la biblioteca. Era realmente singular, pues por la noche siempre cerraba el señor Otis con llave la puerta y atrancaba las ventanas cuidadosamente. También la extraña mutabilidad de la mancha, que, semejante a un camaleón, cambiaba de color con frecuencia, provocó numerosos y variados comentarios. Unas mañanas era de un rojo oscuro (casi cobrizo); otras, tornábase bermellón; más tarde, de un púrpura violento y en una ocasión, en que se reunieron para decir las oraciones familiares, con arreglo a los simples ritos de la Iglesia Episcopal Reformada Americana Independiente, la encontraron de un brillante verde esmeralda. Estos cambios caleidoscópicos regocijaban a la familia de manera extraordinaria y con este motivo se cruzaban apuestas todas las noches. La única persona que no tomaba parte en estas bromas era la dulce Virginia, que, por razones inexplicables, se sentía muy afligida cuando veía la mancha de sangre, y la mañana que apareció verde esmeralda estuvo a punto de llorar.

El fantasma hizo su segunda aparición el domingo por la noche.

Hacía poco que se había acostado toda la familia, cuando se produjo una gran alarma, causada por un estrépito horroroso procedente del vestíbulo. Bajaron precipitadamente y se encontraron con que una gran armadura se había desplomado y todas las piezas estaban desperdigadas por el pavimento, mientras el fantasma de Canterville se frotaba las rodillas con expresión de agudo dolor. Los gemelos, que llevaban consigo sus cerbatanas, le dispararon dos proyecti-

les con esa puntería que solo se adquiere mediante una larga y concienzuda práctica contra el pasante desde los pupitres de la escuela, mientras el ministro de los Estados Unidos le enfilaba con su revólver y, con arreglo a la fórmula californiana, le invitaba a levantar las manos en alto.

El fantasma se incorporó bruscamente con un alarido de rabia y se desvaneció ante sus ojos como una niebla, apagando al pasar la bujía que llevaba Washington Otis y dejándolos sumidos en la más completa oscuridad.

Al llegar a lo alto de la escalera, se recobró y decidió ensayar su célebre y satánica carcajada, que en más de una ocasión le fuera extremadamente útil.

Se cuenta que bastó para hacer encanecer en una sola noche la peluca de lord Raker y fue, sin ningún género de duda, causa de que se despidiesen antes del mes reglamentario tres institutrices francesas de *lady* Canterville.

Comenzó, pues, a reír, con su más horrenda risa, hasta hacer resonar las viejas bóvedas; pero, apenas se habían extinguido tan pavorosos ecos, cuando se abrió una puerta y apareció la señora Otis envuelta en una bata azul celeste.

—Temo que se encuentre usted indispuerto —dijo—, así que aquí le traigo un frasco de tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, verá usted cómo le alivia.

El fantasma le lanzó una mirada furiosa y comenzó a hacer los preparativos necesarios para transformarse en un enorme perro negro; hazaña que le había procurado justa fama y a la que siempre atribuyó el médico de la familia la idiotez incurable del tío de lord Canterville, el honorable Thomas Horton. Pero un rumor de pasos que se aproximaban le hizo desistir de sus diabólicos propósitos; se contentó con hacerse vagamente fosforescente, desvaneciéndose al fin con un tétrico gemido en el momento en que los gemelos se le venían ya encima.

Al entrar en sus habitaciones, se sintió completamente

abatido y cayó presa de la más violenta agitación. La vulgaridad de los gemelos y el grosero materialismo de la señora Otis eran sin duda extraordinariamente desagradables; pero lo que más le afligía era el no poder soportar ya la cota de mallas. Había contado con que, aun tratándose de norteamericanos modernos, la aparición de un espectro con armas les haría estremecerse, aunque solo fuera por respeto al poeta nacional Longfellow, cuya poesía graciosa y sugestiva en más de una ocasión le había ayudado a matar el tiempo, cuando los Canterville estaban en la ciudad. Además, se trataba de su propia armadura. La había llevado con gran éxito en el torneo de Kenilworth, donde fue elogiado nada menos que por la Reina Virgen\*. Pero cuando quiso ponérsela, se había sentido materialmente aplastado bajo el peso de la coraza y del yelmo de acero y había caído pesadamente sobre el pavimento, desollándose las rodillas y magullándose los nudillos de la mano derecha.

Durante algunos días estuvo muy enfermo y apenas se movió de su habitación, como no fuera para mantener la mancha en buen estado. No obstante, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse y decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al ministro de los Estados Unidos y familia. Escogió para su aparición el viernes 17 de agosto y dedicó la mayor parte del día a revisar su guardarropa, decidiéndose al fin por un sombrero gacho de pluma roja, un sudario escarolado en las muñecas y el cuello y un puñal herrumbroso. Al anoecer se desencadenó una terrible tormenta. El viento era tan fuerte, que todas las puertas y ventanas de la antigua morada crujían y retemblaban.

El tiempo, en suma, le convenía; su plan era el siguiente: se introduciría con sigilo en el cuarto de Washington Otis, le farfullaría unas palabras indistintas desde los pies

\* Isabel I.

de la cama y le hundiría tres veces el puñal en la garganta, al son de una música apagada. Profesaba particular ojeriza a Washington, porque sabía que era él quien hacía desaparecer obstinadamente la famosa mancha de sangre con el quitamanchas Champion.

Después de haber reducido al insensato y temerario joven a un estado de terror abyecto, se dirigiría a la habitación que ocupaban el ministro de los Estados Unidos y su esposa y una vez allí posaría una mano viscosa sobre la frente de la señora Otis, mientras murmuraría al oído de su trémulo cónyuge los secretos terribles del osario. Con respecto a Virginia, aún no tenía pensado nada. Nunca le había dirigido el menor insulto y, además, ¡era tan bonita y tan dulce! Algunos gruñidos cavernosos desde el ropero, pensó, serían más que suficiente; pero si no lograban despertarla, siempre podría arañar la colcha con dedos retorcidos por la parálisis. En cuanto a los gemelos, estaba absolutamente decidido a darles una lección. En primer lugar, se sentaría sobre sus torsos, para darles una sensación angustiosa de pesadilla; luego, como sus camas estaban una junto a otra, se situaría entre ellas, bajo la forma de cadáver verdoso y glacial, y allí permanecería hasta dejarlos petrificados de terror; y, por último, se despojaría del sudario y se arrastraría alrededor de la alcoba, transformado en un esqueleto, con un solo ojo girándole en la órbita, en el papel de Daniel el Mudo o el Esqueleto del Suicida, que más de una vez produjera sensación y tan admirable como su famosa interpretación de Martín el Maniático o el Misterio Enmascarado.

A las diez y media, oyó que la familia se retiraba a descansar. Durante algún tiempo se sintió inquieto por los alaridos y la risa de los gemelos, que, con la natural alegría de los colegiales, jugaban un rato antes de dormir; pero a las once y cuarto todo quedó en silencio y cuando sonó medianoche se puso en marcha. El búho golpeaba los cristales



de las ventanas, el cuervo crascitaba desde el tejo secular y el viento vagaba alrededor del castillo, gimiendo como alma en pena; pero la familia Otis dormía, inconsciente de su destino, y a pesar de la lluvia y los truenos, oíanse los sonoros ronquidos del ministro norteamericano. Deslizóse el fantasma furtivamente a través del entablamento y una sonrisa proterva se dibujó en sus labios crueles y arrugados. La luna ocultó su rostro tras una nube cuando le vio pasar ante el mirador grande, donde sus propias armas y las de su esposa asesinada se destacaban en azur y oro. Como una sombra maligna siguió adelante y las mismas tinieblas parecían retroceder a su paso. Hubo un momento en que creyó oír que le llamaban, y se detuvo; mas era un perro que ladraba desde la Granja Roja y prosiguió su camino, murmurando extrañas maldiciones del siglo XVI y blandiendo a diestro y siniestro su enmohecido puñal en medio de la noche. Por fin llegó al ángulo del corredor que conducía a la habitación del infortunado Washington. Allí se detuvo un momento. El viento agitaba sus largos mechones grises alrededor de su cabeza y retorció en los más grotescos y fantásticos pliegues el horror indecible de su sudario. En aquel momento sonaron en el reloj las doce y cuarto y sintió que había llegado la hora. Riendo entre dientes, dobló la esquina del corredor; pero apenas lo había hecho, retrocedió lanzando un lastimero gemido de terror y se ocultó el rostro lívido entre sus manos largas y huesudas. ¡He aquí que ante él se erguía un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco! Su cabeza era calva y reluciente y su rostro redondo, adiposo y lívido; una risa espantosa parecía haber contraído sus rasgos en una mueca eterna. Sus ojos despedían rayos de luz escarlata, la boca parecía un abismo de fuego y un traje horrible, semejante al suyo, envolvía en su nieve silenciosa aquella forma de Titán. Colgaba de su pecho un enorme

cartel con una extraña inscripción en caracteres antiguos; algún estigma de vergüenza, sin duda, acaso una relación de horrendos pecados, un monstruoso calendario de crímenes, quizás; con su mano derecha, mantenía en alto una cimitarra de deslumbrante acero.

Como hasta entonces no había visto un fantasma, se sintió lógica y terriblemente amedrentado; y después de lanzar otra ojeada rápida al horroroso espectro, huyó hacia su habitación, pisándose el sudario y dando traspiés, según corría por los pasillos, y acabando por perder el puñal herrumbroso que fue a caer dentro de una de las grandes botas del ministro, donde lo encontró a la mañana siguiente el mayordomo. Una vez que se hubo refugiado en su cuarto, se arrojó sobre el jergón de su lecho y ocultó la cabeza entre las sábanas. Poco después, sin embargo, se reintegró al antiguo y denodado ánimo de los Canterville y decidió hablar al otro fantasma, tan pronto como amaneciera.

Consecuentemente, apenas la aurora plateaba las cimas de los montes, se dirigió hacia el sitio en que sus ojos habían contemplado por primera vez al espantoso fantasma, pensando que, después de todo, dos fantasmas valían más que uno y que, con la ayuda de su nuevo amigo, podría luchar más confiadamente contra los gemelos. Pero, cuando hubo llegado, un espectáculo desolador se ofreció a sus ojos. Evidentemente, algo le había sucedido al espectro, pues la luz había huido de las cuencas de sus ojos, el alfanje relumbrante había caído de sus manos y su cuerpo se apoyaba contra el muro en una actitud incómoda y violenta. Se precipitó hacia el espectro y le cogió en sus brazos, quedando horrorizado al ver que su cabeza se desprendía y rodaba por el suelo, mientras el cuerpo se desplomaba y él, el auténtico, se daba cuenta de que estaba abrazado a una cortina blanca de cama y que una escoba, una cuchilla de cocina y una calabaza ahuecada yacían a sus pies. Incapaz de comprender

tan curiosa transformación, se apoderó del cartel con mano febril, y, a la indecisa claridad del alba, leyó estas terribles palabras:

### EL FANTASMA OTIS

Único espectro verdadero y original.

Desconfiad de imitadores.

Todos los otros son falsificadores.

Comprendió toda la verdad. ¡Había sido burlado, mistificado, ultrajado! El mirar de los antiguos Canterville reapareció en sus ojos; apretó con rabia sus desdentadas mandíbulas y elevando sus manos descarnadas juró, con arreglo a la fórmula pintoresca de la antigua escuela, que cuando el canto optimista del gallo sonara dos veces, sucedería algo tremendo y la muerte abandonaría su retiro con pies silenciosos. Apenas había acabado de pronunciar tan terrible juramento, cuando del rojo tejado de una alquería lejana se elevó el canto de un gallo. Rio prolongada y quedamente, con risa amarga, y esperó. Hora tras hora permaneció esperando; pero el gallo, no se sabe por qué misteriosas razones, no volvió a cantar. Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las fámulas le hizo renunciar a su pavorosa vigilia y se volvió a su habitación, meditando sobre sus vanas esperanzas y sus fallidos propósitos. Una vez allí, consultó los antiguos libros de caballería, a los que era muy aficionado, y pudo comprobar que el gallo había cantado por dos veces siempre que se había empleado tal juramento.

— ¡El diablo cargue con ese maldito avechicho! — murmuró—. En mis buenos tiempos, me hubiera precipitado contra él, lanza en ristre, y le hubiera hecho cantar de nuevo, aunque fuese en las agonías de la muerte.

Dicho esto, retiróse a un confortable ataúd de plomo y allí permaneció hasta el anochecer.